

## CARTA DOMINICAL

10 DE SEPTIEMBRE DE 2017

ECO DE LA PALABRA

### Instrumentalización política (II)

Hemos de cuidar la frágil flor de la democracia.

La democracia, tal como la entendemos hoy, nació en una tierra, en un humus cultural, que confiaba ciegamente en la razón humana, la razón universal compartida por todos los seres humanos. Esta convicción permitía, por un lado, reconocer el derecho del sufragio universal (una persona, un voto) y, por otro, creer en el diálogo para llegar a acuerdos aceptados por todos.

Los hechos, después de más de tres siglos, no confirman este optimismo radical. Todo es mucho más complejo, porque el ser humano lo es en sí mismo. La persona humana no es sólo razón fría. El político, que busca sobre todo ganar votos, sabe que puede tocar otros muchos resortes para obtener adhesiones a su proyecto. Más aún lo sabe el político mesiánico, es decir, aquel que tiene la pretensión de cambiar, no sólo el ejercicio de la autoridad, sino también la cultura, toda la sociedad, las personas, las mentalidades...

Este hecho origina, entre otras consecuencias, la llamada "instrumentalización política". Como la acción política es considerada como un absoluto, todo lo que vive la persona se subordina a ella. Así, por ejemplo, la cultura o la religión.

La religión entra en esta forma de hacer política bajo dos formas, según convenga: bien para aprovecharse de ella, bien para atacarla. En el primer caso, al mezclar los motivos políticos con los religiosos, éstos otorgan a la propuesta política una fuerza enorme, casi absoluta (el carácter absoluto que es propio de la fe religiosa): es como si se bautizara una opción política específica. En el segundo caso, el político explota un sentimiento antirreligioso, justificado ideológicamente, o espontáneo, que se nutre de debilidades o fallos de la propia institución religiosa.

Entonces, al menos desde el cristianismo, que en su base tiene el mensaje de Jesucristo "dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios" (Mt 22,21), se produce una contradicción grave. Luís Gómez Llorente, "clásico" de la

izquierda socialista, llegó a afirmar sobre el régimen franquista:

"La religión fue groseramente manipulada al servicio de la política, pues si hay algo verdaderamente ecuménico, universalista y abierto a ser compartido por todos los seres humanos como signo amoroso de unión y no de división y enfrentamiento, es el mensaje evangélico de Jesucristo"

No siempre ha sido la política la que se ha aprovechado de la religión; también ha ocurrido al revés. Y la instrumentalización se ha dado en políticos de derechas y de izquierdas, en personas religiosas de ideología conservadora o revolucionaria. Esto se explica porque ambas dimensiones de la persona inciden en la ética: con frecuencia pueden compartir un mismo lenguaje sobre cuestiones concretas.

Sin embargo, un cristiano ha de saber discernir. Para él, otorgar un carácter absoluto a una opción política es una idolatría, que conduce a esclavitud. Solo Dios es Dios y su reconocimiento nos permite ser críticos y libres para avanzar en la historia. Así como hay o puede haber muchos "césares" legítimos, sólo hay un solo Dios, el Dios Padre de Jesucristo, que nos llama a buscarlo y luchar para alcanzar una vida cada vez más perfecta.

Esta es la razón profunda de por qué la Iglesia como tal, al tiempo que señala la responsabilidad moral de todos los fieles en el campo de la política, no se pronuncia a favor o en contra de una opción específica, siempre y cuando ésta no se vea en clara y abierta contradicción con los derechos humanos.

Así, la trascendencia de la fe cristiana exige a la Iglesia no utilizar el poder en el ámbito de la política, pero al mismo tiempo es la garantía de nuestra libertad.